

Pero á cada una de sus tentativas para sacarle de aquella suciedad, el muchacho se disponía á huir, á alejarse de su salvadora, por horror al trabajo y á la sujeción.

—¿Conque has vuelto aquí?—dijole con dulzura.
—¿De manera que has reflexionado sobre mis consejos del sábado anterior? Quiero ver en tí un resto de buenos sentimientos, en las visitas que todavía me hagas..... No puedes por ningún concepto seguir más tiempo una existencia tan ruin, y yo no puedo darte socorros para que nada hagas, porque al presente no soy rica. ¿Estás decidido á aceptar lo que te he propuesto?

Ella, desde su ruina, procuraba suplir la falta de dinero recomendando sus pobres á otras personas caritativas.

El doctor Cazenove había obtenido el ingreso de la madre de Cuche en el hospital de Incurables de Bayeux, y Paulina misma tenía reservados cien francos para vestir á aquel muchacho, para quien había logrado una plaza de cargador en la línea férrea de Cherbourg.

Pero Cuche, mientras ella hablaba, escuchándola con desconfianza, bajaba la cabeza.

—¿Has comprendido, verdad?—continuó la jo-

ven.—Tú acompañarás á tu madre, y en seguida irás á desempeñar tu destino.

Mas como avanzase un poco hacia él, Cuche dió un salto por detrás, mirándola á través de sus pestañas, como si temiese que ella intentara agarrarle por las muñecas.

—¿Qué es eso?—exclamó Paulina sorprendida.

Y entonces el tunante murmuró, con un rugido tremendo, como el de un animal furioso:

—¡Es que queréis cogermé para encerrarme! ¡No quiero, no quiero!

Todo era inútil: él la dejaba hablar, y parecía como convencido con los razonamientos de la joven; pero desde que ésta se movía hacia adelante, el miserable retrogradaba hasta la puerta de salida; prefería no comer, rehusándolo todo, para él y para su madre, y vivir en libertad.

—¡Fuera de aquí, malvado!—gritó Chanteau con indignación.—¡Eres demasiado buena, Paulina, para ocuparte en favorecer á ese pillo!

Las manos de la joven temblaban por la inutilidad de su amor al prójimo, que se rompía y destruía contra el empedernido corazón de aquel miserable, contra aquella miseria voluntaria. Hizo un ademán de tolerancia desesperada, y exclamó:

—Vaya, tío mío; ellos también sufren, y es menester darles socorros.

Y llamó á Cuche para entregarle, como todos los sábados, un pan y cuarenta sueldos.

Pero el muchacho retrocedió todavía, y dijo:

—Poned eso en el suelo, y retiraos..... Yo lo cogeré.

Y ella le obedeció.

Entonces el miserable avanzó con precaución, vigilándola siempre con mirada atenta, y cuando hubo cogido el pan y los cuarenta sueldos, echó á correr á galope, con sus pies desnudos.

—¡Salvaje!—gritó Chanteau.—¡Vendrá cualquier noche á estrangularnos á todos!..... Lo mismo digo de esa hija de presidiario que está ahí. ¡Juraría yo con la mano en el fuego que ella fué la que robó el tapabocas la otra noche!

Referíase el gotoso á la muchacha Tourmal, cuyo abuelo había ido á reunirse en la cárcel con el padre de ella.

Estaba ya sola en el banco, cerca de la Prouane, estúpida con su borrachera.

Levantóse, aparentando no haber oído la acusación de robo que se la dirigía, y comenzó á gímotear.

—Tened clemencia, mi buena señorita..... Ya no hay nadie en mi casa, sino mamá y yo, y los gendarmes entran todas las noches para apalearnos..... ¡Mi cuerpo es una llaga! ¡Mi madre está á las puertas de la muerte! ¡Oh, mi buena señorita! Hacedme gracia de un poco de dinero, de una taza de caldo, de un vaso de buen vino.....

Chanteau, exasperado con aquellas mentiras, se removía en su asiento, pero Paulina hubiera dado hasta su camisa por no oirla.

—¡Cállate!—dijo.—Obtendrás más, si hablas menos. Quédate ahí, que voy á arreglar un cestito.....

Y como volviese poco después con una vieja cesta, donde había puesto un pan, una botella de vino y un trozo de carne, encontró en la terraza otra de sus clientes, la muchacha Gonin, que llevaba en brazos á su hija, ya de veinte meses.

La madre tenía diez y seis años, y era tan débil, tan poco formada, que más bien parecía una hermana mayor que sacaba á paseo á su hermanita.

Llevábala con gran trabajo, casi á la rastra, porque sabía que la señorita adoraba á los niños y no rehusaba lo que se pidiera en nombre de ellos.

—¡Dios mío, qué gorda está!—dijo Paulina, tomando en brazos á la inocente chiquilla.—¡Y decir

que apenas tiene seis meses más que nuestro Pablo!

Y á su pesar dirigía la mirada con tristeza hacia el pequeño, que continuaba durmiendo en la manta roja.

¡Aquella madre, que tenía una hija tan gorda y crecida, era bien dichosa! ¿Y todavía se quejaba?

—¡Si supieseis cuánto come, señorita! Y yo no tengo ropas, ni sé cómo vestirla. Y además, desde que papá ha muerto, mamá y su hombre caen á todas horas contra mí..... ¡Ah! me tratan como á la última de las últimas..... y me dicen que cuando se tiene esta vida, debe ser en provecho, en vez de costar cara.

En efecto, una mañana se encontró al viejo ya muerto en su cofre de carbón, y estaba su cuerpo tan amoratado por los golpes recibidos, que la policía estuvo á punto de mezclarse en el negocio.

Y desde entonces, la viuda y su amante hablaban de estrangular á aquella muchacha inútil y enfermiza, que les tomaba parte de su comida.....

—¡Pobre pequeña!—murmuró Paulina.—He dejado aparte mis quehaceres diarios, y estoy haciéndola unas medias..... Tráemela más á menudo, porque aquí tenemos siempre leche, y comerá con gusto unas sopitas de puches. Ya iré á ver á tu madre, y

procuraré intimidarla para que no te amenace todavía.....

La Gonin cogió á su hija, mientras Paulina preparaba también para ella un paquete de víveres.

Habiase sentado, y tenía á la niña en sus rodillas, con la poca habilidad de una chicuela que juega á las muñecas; sus ojos claros guardaban como una continua sorpresa de ser madre, y aunque ella la hubo lactado, parecía que la dejaba caer cuando la mecía sobre su aplastado pecho.

La señorita la había reprendido muy severamente un día en que, para batirse á pedradas con la chica Prouane, dejó á la niña al borde del camino, sobre un montón de guijarros.....

*
*
*

El cura Horteur apareció en la terraza.

—Ahí llegan el Sr. Lázaro y el Doctor—anunció.

Oyóse al punto el ruido del cabriolé, y mientras el tío Martín, el antiguo marinero de la pierna de palo, llevaba el caballo á la cuadra, Cazenove entró al patio, gritando:

—Os traigo á este pícaro que ha pasado la noche, según creo, fuera de su casa. ¿No vais á cortarle la cabeza?

Lázaro entró en seguida, sonriendo tristemente. ¡Envejecía bien pronto! Sus espaldas estaban encorvadas; su rostro lívido, terroso, devorado por la angustia interior que le destruía lentamente.

Sin duda se disponía á decir la causa de su retraso, cuando la ventana del primer piso, hasta entonces entreabierta, fué cerrada de golpe.

—Luisa no está aún dispuesta—explicó Paulina, —pero bajará dentro de un minuto.

Todos se miraron con alguna molestia, porque aquel ruido de enojo anunciaba una querrela.

Lázaro, después de haber dado un paso hacia la escalera, prefirió esperar: besó á su padre y al pequeño Pablo, y luego, para disimular su inquietud, la emprendió con su prima, diciéndola en voz áspera:

—Libranos pronto de esta canalla..... Ya sabes que no me agrada encontrarla en casa.

Referíase á las tres muchachas que estaban aún sentadas en el banco.

Paulina se apresuró á atar el paquete destinado á la Gonin, y dijo:

—Partid ahora; vosotras dos acompañad á vuestra compañera, para que no se caiga..... Y tú ten mucho cuidado de tu hija..... Y procura no olvidar el camino.

Pero cuando las muchachas se marchaban, Lázaro quiso ver el cesto de la Tourmal, y encontró escondida en él una cafetera vieja que la chicuela había robado.....

Echaron fuera de la casa á las tres, y la borracha caminaba tambaleándose entre sus dos camaradas.

—¡Qué gente!—exclamó el Cura, sentándose al lado de Chanteau.—¡Decididamente Dios les abandona! Estos infames, desde su primera comunión tienen hijos, y beben y roban como sus padres y sus madres..... ¡Ah! ¡bien les había dicho yo las desgracias que les agobian!

—Decid, amigo mío—preguntó irónicamente el médico á Lázaro—¿es que vais á hacer reconstruir las famosas presas?

Pero Lázaro le contestó con un ademán violento, porque la más pequeña alusión á su batalla perdida contra el mar, le exasperaba.

Y exclamó:

—¿Yo?..... Dejaría que la marea llegase á esta casa sin poner siquiera una escoba atravesada en el camino para detenerla. ¡Ah, no! He sido demasiado estúpido, y no se hacen dos veces tales tonterías..... ¡Cuando pienso en que he visto á esos miserables danzar y reír el día del desastre! ¿Y sabéis lo que

sospecho? Que ellos han aserrado mis empalizadas la víspera de la gran marea..... porque es imposible que aquellos gruesos pilotes se hayan quebrado por sí solos.

¡Él salvaba así su amor propio de constructor!

En seguida, amenazando con el puño á Bonneville, gritó:

—¡Que se mueran! ¡Entonces bailaré también!

—¡No te hagas malo!—dijo Paulina, con su voz dulce y tranquila.—¡Sólo los pobres pueden tener derecho á ser malos! Tú, tú mismo reconstruirás las presas.

Ya calmado, como exánime con aquel relámpago de pasión, añadió:

—¡Oh, no! ¡Eso me fastidiaría demasiado! Pero tienes razón: no vale la pena de incomodarnos por ello. Que se ahoguen ó que no se ahoguen, ¿qué me importa?

De nuevo reinó el silencio.

Chanteau había vuelto á caer en su inmovilidad dolorosa, después de haber erguido la cabeza para recibir el beso de su hijo; el Cura daba vueltas á sus dedos pulgares; el Doctor paseaba por el cuarto, con las manos cruzadas en la cintura.

Y todos se pusieron á mirar al pequeño Pablo

dormido, á quien Paulina protegía contra las caricias del padre, no queriendo que se le despertase.

Ella, desde que llegaron, no dejó de suplicarles que hablasen en voz baja, que no pisasen fuerte alrededor de la manta roja; y aun amenazó con un látigo á Lulú, que gruñía sin cesar después de oír que llevaban el caballo á la cuadra.

—¿Crees que callará?—dijo Lázaro.—¡Ya tiene para rompernos los oídos por espacio de una hora! ¡Jamás he visto perro más desagradable! ¡Sólo sirve para hacernos deplorar con doble lástima á nuestro pobre Mateo!

—¿Qué edad tiene la Minucha?—preguntó Cazenove.—Porque yo siempre la he conocido aquí.....

—Diez y seis años cumplidos—respondió Paulina;—pero no se porta mal.

La Minucha, que continuaba haciéndose la *toilette* en la ventana del comedor, levantó la cabeza cuando el Doctor pronunció su nombre; quedó un instante con una pata levantada, el vientre como puesto al sol, y en seguida comenzó á lamerse el pelo con suavidad.

—¡Oh! ¡no es sorda!—dijo Paulina.—Yo sospecho que ha perdido un poco la vista, lo que no impide que su conducta sea la de una picaruela..... ¡Fi-

guraos que la hemos arrojado al mar cinco pequeñuelos, aun no hace una semana! Si hubiésemos dejado vivir á todos sus hijos, seguramente habrían devorado el país..... Pues bien: sabed que ha desaparecido otra vez el martes último, y ved cómo se limpia, porque no ha vuelto hasta hoy, después de tres días y tres noches de abominaciones.

Hablaba de los amores de la gata sin embarazo, sin ruborizarse, alegremente.

¡Un animal tan pulcro, tan delicado, que no salía al vestíbulo en tiempo de lluvia, y que sin embargo arrastraba su vientre cuatro veces al año en el fango de los arroyos y las calles!

La víspera la había observado en un alero con un gatazo, batiendo los dos el aire con sus colas erizadas, y después de un cambio de uñadas, habían caído en medio de un charco, lanzando atroces maullidos; y la gata volvió á casa, después de su aventura, con una oreja rasgada y el pelo del lomo ennegrecido por el fango.

Por lo demás, cuando se tiraban al mar sus hijos, ella se lamía el vientre como en su juventud, sin dudar de su fecundidad inagotable, y volvía otra vez á quedarse preñada.

—Por lo menos, tiene buen cuidado del aseo para

ella—dijo el cura Horteur.—¡Hay tantas bribonas que ni siquiera se lavan!

Chanteau, que también miraba á la gata, suspiraba más recio, con el gemido continuo é involuntario de que él mismo no tenía conciencia.

—¿Sufrís más?—le preguntó el Doctor.

—¿Eh? ¿por qué?—respondió despertando sobresaltado.—¡Ah! ¿lo decís porque respiró fuerte?..... Sí, la verdad es que sufro mucho esta noche: yo creía que el sol me hubiera hecho bien, pero me ahogo, no tengo una articulación que no arda.....

Cazenove le examinó las manos, y todos, al ver aquellas pobres manos deformes, sintieron escalofríos.

El Cura emitió una reflexión sensata.

—Con tales dedos no debe ser muy cómodo jugar á las damas..... He ahí una distracción que fracasa, amigo mío.

—Sed comedido en el alimento—dijo el médico.—El codo está inflamado, y la ulceración progresará más y más.

—¿Pero qué debo hacer para ser comedido?—gimió desesperadamente Chanteau.—Se me tasa el vino y la carne..... ¿Queréis que se me prive del necesario sustento? En verdad que esto no es vivir. ¡Si yo

comiese solo! Pero ¿cómo queréis que pueda hacerlo, con semejantes instrumentos al remate de mis brazos? Paulina, que me hace comer, está bien segura de que no como demasiado.

La joven sonrió.

—¡Sí, sí! ayer te has excedido en la mesa, y de claro que yo soy la culpable..... porque no sé rehusarte nada aunque veo que la glotonería te hace desgraciado.

Entonces todos aparentaron alegrarse, y aun empujarle con sarcásticas frases; pero sus palabras temblaban de piedad delante de aquel resto de hombre, de aquella masa inerte que sólo vivía para sufrir.

El desdichado había vuelto á caer en su posición habitual, el cuerpo echado hacia la derecha y las manos sobre las rodillas.

—Por ejemplo—continuó Paulina:—esta noche tenemos un ánade para la comida.....

Y se interrumpió preguntado:

—A propósito: ¿no habéis encontrado á Verónica al cruzar por Verchemont?

Y entonces refirió la fuga de la doméstica.

Lázaro declaró que no la había visto, y cada cual se extrañó de las humoradas de tal muchacha, aca-

bando por tomarlas á broma: la infeliz, cuando volviese, había de ser objeto de burla para todos, y lo bueno sería ver entonces su rostro.

—Vaya, os dejo, porque estoy de cocinera—dijo alegremente Paulina—y si se quemase el guisado, ó sirviese el ánade sin estar en su punto, mi tío sería capaz de castigarme ocho días.....

El cura Horteur se rió estrepitosamente, y hasta el médico Cazenove se divertía con aquel episodio, cuando la ventana del primer piso abrióse violentamente, con gran ruido de fallebas.

Pero Luisa no apareció; gritó con voz seca, á través del rechinamiento de los cristales:

—¡Lázaro, sube!

Lázaro sintió un movimiento repulsivo, y no quería acudir á llamamiento hecho en tono semejante; mas Paulina le dirigió una súplica muda, deseosa de evitar escenas desagradables delante de gente de fuera, y subió entonces el marido, mientras ella quedaba todavía en la terraza para combatir la mala impresión que recibiera.

¡Nuevo silencio! todos miraban al mar, con vaguedad y embarazo.

El sol poniente le iluminaba entonces como una sabana de oro, y encendía las suaves olas azules con

manojos de chispas, y en lontananza el horizonte aparecía con colorido de lilas tempranas.

Aquel hermoso día terminaba con serenidad adorable, desarrollándose al par la inmensidad del cielo y la del Océano, sin una nube ni una vela.

—¡Vaya!— se arriesgó á decir Paulina.—Como él ha dormido una noche fuera de su casa, conviene que le regañe un poco.

Pero el Doctor la miraba, y tuvo una sonrisa; en ella encontró Paulina su previsión de otros días, cuando Cazenove la declaraba que no se les hacía un rico presente dándoles el uno al otro.

Y dirigiéndose en seguida á la cocina, dijo:

—¡Ea! os dejo; ocupaos en algo,.... Y tú, tío mío, llámame si Pablo se despierta.

En la cocina, cuando ella dió una vuelta al guisado y preparó el asador, removió las cacerolas con gran ruido: las voces de Lázaro y Luisa llegaban á través del techo, cada vez más altas, y se desesperaba pensando en que podrían oírlas en la terraza.

¡Bien poco razonables eran gritando como sordos, para hacer á todo el mundo la confidencia de su desunión!

Pero ella no quería subir: primero, por tener que preparar la comida, y además porque experimentaba

malestar con la idea de colocarse entre ellos, en medio de su cámara, y hasta entonces se había contentado con apaciguarles abajo, en las horas de la vida común.

Pasó al comedor, y movió los cubiertos con gran estrépito, porque las voces continuaban; y no pudiendo sufrir más tiempo el pensamiento de que ambos se hacían cada vez más dignos de lástima, subió.

¡Impulsóla su caridad activa, aquella caridad que era el sacrificio de su existencia por la felicidad de los otros!

—Pero, hijos míos— dijo, entrando súbitamente al cuarto del matrimonio —aunque digáis que me entrometo donde no me llaman..... os ruego que no gritéis demasiado fuerte. ¡No es de sentido común incomodarse de tal modo y consternar así la casa!

Y atravesando por la pieza, apresuróse ante todo á cerrar la ventana, que Luisa dejó entreabierta; pero felizmente ni el Doctor ni el Cura estaban ya en la terraza: ella lo observó con rápida ojeada, viendo únicamente á Chanteau cabeceando al lado de Pablo dormido.

—Se os oye desde abajo como si estuvieseis en la sala..... Vamos á ver, ¿qué ocurre?

Pero ellos continuaban su querella, sin apercibirse apenas de la llegada de Paulina.

Esta sentíase mal en aquel cuarto donde los esposos dormían: la cretona amarilla con ramos verdes, la carpeta roja, los antiguos muebles de caoba, habían cedido el puesto á tapicería de espesa lana y á un mobiliario adecuado al gusto de mujer delicada.

Allí no había un recuerdo de la madre muerta: el perfume de heliotropo se desprendía del tocador, en el cual aparecían aún las toallas humedecidas; y si aquel aroma la aturdió, también cada objeto de la sala indicaba la promiscuidad del matrimonio.

Si ella aceptó vivir cerca de los esposos, en la usura cotidiana de sus desavenencias; si ella podía dormir resignada, aun sabiendo que estaban allí, tal vez con estrecho abrazo unidos, jamás había entrado á su cuarto hasta entonces, jamás se vió en medio de la intimidad conyugal de ambos, entre el desorden de los vestidos arrojados en cualquier parte y en el lecho preparado para la noche.

Un estremecimiento la subió al cerebro: ¡el escalofrío de sus celos!

—¿Pero es posible que os desgarréis de ese modo? —murmuró después de ese silencio.—¿No queréis ser razonables?

—¡No, no!—gritó Luisa.—¡Es que ya estoy harta de ese hombre! ¿Piensas que reconoce su falta? ¡Ah, sí! Me he limitado á decirle cuánto nos alarmó por no haber venido anoche, y ahí lo tienes que se arroja sobre mí como un salvaje, que me acusa de haberle envenenado la vida, que me amenaza con emigrar á América.....

Lázaro la interrumpió con voz terrible:

—¡Mientes! si me hubieras reprendido por mi retraso con esa misma dulzura, yo te habría dado un beso, y todo estaría concluído..... Pero es que me acusas de acarrear una vida de lágrimas..... Sí, sí; y me has amenazado con arrojarte al mar, si continuo haciendo imposible tu existencia.....

Y así se acusaban los dos, con el rencor amasado en el diario choque de sus caracteres.

Y era que, por la más insignificante cosa, una broma cualquiera les conducía poco á poco á un estado agudo de antipatía: ella, con su dulce semblante llegaba á ser mala cuando él tocaba en sus placeres, con malicia de gata astuta, acariciando y alargando las uñas; él, á pesar de su indiferencia, encontraba en tales querellas una sacudida al amodorramiento que le producía su fastidio, y se obstinaba con frecuencia en ellas hasta abrasarse en la fiebre.